RESUMEN COMPLETO

Imagina que te dicen que no necesitas un ascenso, ni un despacho, ni una tarjeta con título pomposo para ser un líder de verdad. Que puedes ser el mejor de tu empresa limpiando habitaciones de hotel. O vendiendo libros. Y que quien lo cuenta es un señor de setenta y siete años con un pañuelo de Mickey Mouse, un reloj de Bob Esponja y un Porsche aparcado en la puerta.

La magia ocurre en los últimos segundos; no te lo pierdas, porque la última lección no tiene nada que ver con el trabajo. Y es la que más me ha removido.

Hoy te cuento El líder que no tenía cargo, de Robin Sharma. Se lee en una tarde, pero te deja pensando semanas.

La frase que lo sostiene todo es esta: no hace falta tener un cargo para ser líder. Si puedes respirar, puedes liderar. El libro lo cuenta como una novela corta, con un protagonista, un mentor y cuatro maestros que le enseñan una lección cada uno, en un solo día.

Robin Sharma es canadiense. Antes de dedicarse a esto era abogado, y un día lo dejó para escribir y formar a gente. En la nota inicial del libro cuenta que lleva casi quince años dando formación de liderazgo en empresas como Microsoft, GE, Nike, FedEx e IBM, y en sitios como la Universidad de Yale o la Cruz Roja Americana.

Quizá lo conozcas por El monje que vendió su Ferrari o por El club de las 5 de la mañana. Fíjate en esto último, porque la hora de las cinco aparece también en este libro, y más adelante verás por qué.

Aclara desde el principio que Blake, Tommy y los maestros son inventados. Lo que no son inventados, dice, son los principios, que ha enseñado a cientos de miles de personas.

Capítulos 1 y 2: Blake y el hombre del pañuelo

Blake Davis tiene veintitantos años y la vida parada. Perdió a sus padres, volvió de la guerra de Irak con fantasmas a cuestas y trabaja en una librería del SoHo haciendo lo mínimo. Va con el piloto automático puesto. Hasta el café de la mañana lo bebe escondido detrás de una estantería.

Un lunes le da unos golpecitos en el hombro un tipo con pinta de vagabundo: chaleco de cuadros, ropa raída, zapatos nuevos y unos ojos clarísimos. Es Tommy Flinn, setenta y siete años, empleado número uno de la empresa cinco años seguidos. Y amigo de la infancia del padre de Blake.

Tommy le explica que ha rechazado una y otra vez cargos de mánager y hasta de vicepresidente. Su tarjeta dice “Ser humano”. Y le suelta lo que luego se repetirá todo el libro: el éxito llega como efecto secundario de hacer un trabajo realmente excepcional, no al revés.

Le pone una única condición. Que prometa compartir lo que aprenda con todas las personas que pueda.

Capítulo 3: dos tumbas al amanecer

A las cinco de la mañana, Tommy cita a Blake en un cementerio. Sí, un cementerio. Hay dos tumbas abiertas y una escena que habría puesto nerviosa a cualquiera.

En la primera hay una tablilla de pizarra con “Los diez arrepentimientos humanos”: llegar al último día con la canción de tu vida sin cantar, sin haber inspirado a nadie, sin haber arriesgado, sin haber sacado tu potencial. En la segunda, enterrada bajo tierra, una tablilla de oro con “Las diez victorias humanas”, que es lo contrario: llegar al final en paz, rodeado de gente que te considera una leyenda.

Tommy quiere que Blake sienta la diferencia en el cuerpo, no que la entienda con la cabeza. Y le deja otra idea que vale oro: el éxito son pequeñas disciplinas diarias que se acumulan, igual que el fracaso son pequeñas negligencias diarias. Como un granjero que siembra, riega y no sale corriendo a cavar para ver si ya hay verduras.

Blake elige. Y deja de echarle la culpa a la guerra, al jefe y al pasado.

Capítulo 4: Anna y el primer principio (IMAGE)

Primera parada: una habitación de hotel de lujo. Anna, argentina, limpia habitaciones con una flor blanca en el pelo y está convencida de que tiene uno de los mejores trabajos del mundo. Se ve como una artista y una embajadora del hotel.

Su lección: no hace falta tener un cargo para ser líder. El poder de un título desaparece cuando desaparece el título. Hay otro poder, el natural, que nadie te puede quitar. Y se resume en cuatro cosas: dar lo mejor cada día, inspirar con el ejemplo, crear cambios positivos ante condiciones negativas y tratar a todos con respeto. Para ninguna hace falta un cargo.

Para recordarlo deja el acrónimo IMAGE, escrito con carmín en el espejo del baño:

Innovación: dejar todo mejor de como lo encontraste. Pequeñas mejoras diarias que se multiplican, como el interés compuesto.

Maestría: buscar ser el mejor en lo tuyo. Habla de las diez mil horas, unos diez años de práctica, y de empezar ya con cinco pequeñas acciones al día.

Autenticidad: ser fiel a quien eres y a tus talentos. Y dejar el ego en la puerta.

Gran valor: persistir y aguantar las críticas, que según Anna son la defensa de quien teme cambiar.

Ética: que lo que dices y lo que haces vayan sincronizados, como el vídeo y el audio.

A Blake, que perdió su rango militar y con él su identidad, esto le cae como un jarro de agua fría. Entiende que su autoridad nunca se fue. Solo la estaba buscando fuera.

Capítulo 5: Ty y el segundo principio (SPARK)

Segunda parada: una tienda de esquí en Tribeca. Ty Boyd, campeón de eslalon, abrazos de oso y bocadillos de salami. Su principio: las épocas turbulentas crean grandes líderes.

Su metáfora es la pendiente. Para bajar una pista difícil tienes que inclinarte hacia delante, justo lo contrario de lo que te pide el instinto. Cuanto más te acercas a lo que temes, más se expande tu zona de seguridad. Y para que Blake lo note, le pide que cruce los brazos al revés. Se siente raro, y esa rareza es buena señal. Significa que estás cambiando.

El acrónimo es SPARK:

Sinceridad: decir la verdad con respeto. Se puede ser directo sin ser grosero, y las palabras que eliges moldean también tu ánimo.

Priorizar: centrarte en tus pocas “Vitales Básicas”, la regla del 80/20. Hacer menos cosas, pero mejores.

Adversidad crea oportunidad: cada contratiempo trae algo dentro. Y su consejo estrella: SA, sigue avanzando.

Responder, no reaccionar: no apagar incendios en piloto automático, sino tomar la iniciativa.

Kudos: reconocer en público el buen trabajo de los demás, sin esperar a que lo haga tu jefe.

Ty cuenta también cómo murió su padre, tras una vida entera sin salir de su zona cómoda. Y cómo se prometió no acabar igual.

Capítulo 6: Jackson y el tercer principio (SERVE)

Tercera parada: la azotea de la Biblioteca Pública de Nueva York. Jackson Chan fue director ejecutivo de una tecnológica con más de veinticinco mil empleados en Shanghái. Ahora es jardinero. Y se presenta asustando a Blake con una máscara de fantasma de la ópera.

Su principio: cuanto más profundas sean tus relaciones, más fuerte será tu liderazgo. Un negocio es gente ayudando a gente. Y se lo explica con semillas: las relaciones se riegan todos los días.

Cuenta la anécdota del examen de su primera empresa, cuya última pregunta era el nombre del conserje. Suspendió. Era Tim Turner, y cuando por fin lo conoció descubrió a un hombre con más lecturas de filosofía que él. Todo el mundo en una organización importa.

El acrónimo es SERVE:

Ser servicial: hacer siempre más de lo que te piden.

Escuchar: de verdad, sin preparar la réplica mientras el otro habla.

Relacionarte: salir del cubículo, comer con clientes, dejarte ver.

Valorar la diversión: si te lo pasas bien, rindes más.

Estimar y cuidar: ser amable no es ser débil. Y la ley de la reciprocidad hace el resto, siempre que des sin manipular.

Capítulo 7: Jet y el cuarto principio (SHINE)

Cuarta parada: el spa de Jet Brisley, el masajista más famoso de Nueva York. Y el principio que él llama la base de todo: para ser un gran líder, primero hay que ser una gran persona.

Su pregunta es sencilla. ¿Qué pensarías de un deportista que dice que no va a volver a entrenar y que aun así seguirá siendo una estrella? Pues eso hacemos casi todos al ir a trabajar sin haber entrenado nada por dentro.

Lo que más me gustó: Jet dice que no se trata de mejorar, sino de recordar. De niño sabías quién eras, y la sociedad te fue programando para olvidarlo. Su camiseta favorita, vista en un chaval del restaurante: “Soy fantástico de nacimiento”. Y avisa de que no queremos coche ni casa, queremos lo que creemos que sentiremos al tenerlos.

Propone una Hora de Liderazgo Personal cada mañana, a las cinco, con siete herramientas: aprendizaje, afirmaciones, visualización, diario, objetivos, ejercicio y nutrición. Y un reto de cuarenta días, porque ese es el tiempo que cuesta fijar un hábito nuevo.

El acrónimo es SHINE:

Saber percibir: ves el mundo a través de una vidriera hecha de tus creencias. Si está sucia, la vida se ve sucia.

Hacer ejercicio y cuidar la salud.

Inspiración: música, naturaleza, gente que te enciende.

Nutrir los lazos familiares.

Elevar tu estilo de vida: disfrutar de las cosas buenas sin que ellas te posean.

Y cierra con la idea del legado: el éxito no se mide por lo que recibes, sino por lo que das.

Capítulo 8: la despedida

Justo cuando Jet termina, Tommy empieza a toser sangre. Dice “ha llegado mi hora”.

Blake no volvió a verlo. Murió al día siguiente. Llevaba tiempo luchando contra un cáncer y no se lo había contado a nadie, porque no quería que su enfermedad le robara a Blake ese día. En el funeral había tanta gente que cientos se quedaron en la calle.

Antes de irse, le dejó una carta, las llaves del Porsche y una última petición: sé un Líder Sin Cargo hasta tu último aliento. Y que el mensaje llegue a todo el que lo necesite.

Si te quedas con una sola cosa de este libro, que sea esta: el liderazgo no es un sitio al que se llega, es una decisión que tomas cada mañana, esté tu nombre en la puerta o no.

Blake pasó de esconderse tras una estantería a ser vicepresidente. Pero lo que cambió primero no fue su cargo. Fue lo que decidió hacer con los días que le quedaban. Y según el libro, cada uno tenemos unos veintinueve mil días.